





## El generalismo italiano

—En un país de habladores como el nuestro—decía ayer un joven coronel italiano—el primer milagro ha sido el de imponer un silencio necesario a todo el mundo. Yo no sé si usted conoce el libro de nuestro generalismo sobre la táctica de la infantería. Supongo que no; es una obra técnica, que sólo los militares leen. Pues bien, en ese libro hay unas cuantas frases de prólogo que revelan la verdadera concepción de la guerra que el hombre hoy nos conduce a la guerra. «No es posible—reñan tales líneas—no es posible tener un éxito verdadero en una guerra, si la fuerte disciplina de las armas no va unida a la estricta disciplina de las inteligencias: la primera hace a las masas dóciles y la segunda hace capaces a los jefes de guiar con unidad y miras al país entero por el buen camino». Estas palabras, Cadorna ha hecho convertirlas en realidades nacionales, y a pesar de los pesimistas y de los escépticos, lo ha conseguido. Hoy no hay un solo italiano que no se someta a la aparente obscuridad en que vivimos. Se sabe que todo va bien, y no basta para calmar las impacientes. Mientras Cadorna vela, el pueblo puede dormir.

Es cierto. Como Joffre, en Francia, Cadorna, en Italia, ha conseguido el verdadero milagro al crear lo que se llama la unidad sagrada. Porque mal le pesa a los Coblenz y a los parlamentarios de agendaje aliado los resultados de su política, pero no los efectos, no los hechos, que han conseguido inspirar la fe y la confianza, creadoras de solidaridad nacional, en los jefes militares. Alrededor de los dos grandes «factores», los países enteros se unen, olvidando las divisiones de partido.

Joffre y Cadorna. — Si un Plutarco moderno quisiera establecer un paralelo entre ambos, no le sería difícil encontrarlos más en un punto de contacto. Joffre, según su biógrafo Sché, fue un tal estudiante que sus primeros maestros no pudieron volver del asombro al verlo llegar al grado de capitán. De Cadorna, Fernando Rigny escribió: «Cuando hacía sus estudios en el Colegio militar de Milán, donde había entrado a los diez años, se pasaba la vida castigado en la sala de disciplina». En otra página de su biografía leemos: «Su calma es insuperable; mientras sus compañeros gritan, él conserva una sonrisa, que es como un arroyo en medio de la tempestad». Estas palabras son idénticas a las que Pierre Paul escribió poco ha hablando del carácter de Joffre. Y por encima de estas analogías, que pueden parecer superficiales, existe la hermandad de los dos grandes almas en lo que hay de más honrado, en la guerra metódica y silenciosa.

Hijo del héroe que a la cabeza de las tropas francesas tomó Roma en 1870, el actual jefe de las fuerzas italianas hubiera podido, desde el principio de su carrera, ser uno de los más brillantes oficiales de la corte de los Saboya. «Todas las puertas — dice el mismo — estaban abiertas ante mí». Pero su vocación, y más que su vocación su conciencia, le llevaron a deslizar los honores fáciles para consagrarse al estado. A los veintidós años publicó una obra técnica sobre la guerra francesa, «l'organisation des armées», obra que, a pesar de su juventud, le valió el honor de ser nombrado coronel militar del siglo XIX. Algún tiempo después, cuando el principio de consagrarse a aplicar sus teorías tácticas, y de tal modo cambió todo lo que existía, que sus jefes llegaron a alarmarse y le aconsejaban que moderase su febril reformadora. Con su tenaz suavidad, Cadorna explicables las razones de cada una de sus innovaciones, y a pesar de las resistencias, a pesar de los proyectos, lograba siempre, a fuerza

de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay modo de decir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 65— Y a veces agregaba: —Con estos nuevos oficiales que han como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos. Aquel buen saboyano a quien el actual generalismo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra. Entonces el joven comandante contestaba:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia. Como estas ciencias tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón a Cadorna. Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos a pasear a todos los que tenemos canas. Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido el desplazado para con los jefes de masado viejo. En las nuevas maneras que ha dispuesto para crear un ejército de lucha contra los ejércitos germánicos, uno de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha sido dando a los grandes «factores» que en cada intervención a la defensa nacional, y los ha reemplazando con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge a los más brillantes militares, creando baldón, un embañador.

A lo cual Cadorna le contestaba: —No, no. No son oficiales brillantes lo que necesitamos. En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque a veces resultemos brillantes salones. Lo que se necesita es gente seria, estudiosos, tranquila, que no usa demasiado de prima. Nada de héroes legendarios.

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fue Ricetti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus plañideros acomodados fríos y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Se uno de los más arrojados—decía de Anunzio al generalismo.

a la señora que tiene al lado, y me enteré.

—Bajo las balas, canta y re, «Mía, mío».

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay modo de decir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 65— Y a veces agregaba: —Con estos nuevos oficiales que han como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos. Aquel buen saboyano a quien el actual generalismo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra. Entonces el joven comandante contestaba:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia. Como estas ciencias tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón a Cadorna. Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos a pasear a todos los que tenemos canas. Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido el desplazado para con los jefes de masado viejo. En las nuevas maneras que ha dispuesto para crear un ejército de lucha contra los ejércitos germánicos, uno de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha sido dando a los grandes «factores» que en cada intervención a la defensa nacional, y los ha reemplazando con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge a los más brillantes militares, creando baldón, un embañador.

A lo cual Cadorna le contestaba: —No, no. No son oficiales brillantes lo que necesitamos. En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque a veces resultemos brillantes salones. Lo que se necesita es gente seria, estudiosos, tranquila, que no usa demasiado de prima. Nada de héroes legendarios.

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fue Ricetti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus plañideros acomodados fríos y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Se uno de los más arrojados—decía de Anunzio al generalismo.

a la señora que tiene al lado, y me enteré.

—Bajo las balas, canta y re, «Mía, mío».

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay modo de decir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 65— Y a veces agregaba: —Con estos nuevos oficiales que han como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos. Aquel buen saboyano a quien el actual generalismo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra. Entonces el joven comandante contestaba:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia. Como estas ciencias tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón a Cadorna. Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos a pasear a todos los que tenemos canas. Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido el desplazado para con los jefes de masado viejo. En las nuevas maneras que ha dispuesto para crear un ejército de lucha contra los ejércitos germánicos, uno de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha sido dando a los grandes «factores» que en cada intervención a la defensa nacional, y los ha reemplazando con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge a los más brillantes militares, creando baldón, un embañador.

A lo cual Cadorna le contestaba: —No, no. No son oficiales brillantes lo que necesitamos. En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque a veces resultemos brillantes salones. Lo que se necesita es gente seria, estudiosos, tranquila, que no usa demasiado de prima. Nada de héroes legendarios.

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fue Ricetti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus plañideros acomodados fríos y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Se uno de los más arrojados—decía de Anunzio al generalismo.

a la señora que tiene al lado, y me enteré.

—Bajo las balas, canta y re, «Mía, mío».

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay modo de decir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 65— Y a veces agregaba: —Con estos nuevos oficiales que han como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos. Aquel buen saboyano a quien el actual generalismo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra. Entonces el joven comandante contestaba:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia. Como estas ciencias tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón a Cadorna. Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos a pasear a todos los que tenemos canas. Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido el desplazado para con los jefes de masado viejo. En las nuevas maneras que ha dispuesto para crear un ejército de lucha contra los ejércitos germánicos, uno de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha sido dando a los grandes «factores» que en cada intervención a la defensa nacional, y los ha reemplazando con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge a los más brillantes militares, creando baldón, un embañador.

A lo cual Cadorna le contestaba: —No, no. No son oficiales brillantes lo que necesitamos. En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque a veces resultemos brillantes salones. Lo que se necesita es gente seria, estudiosos, tranquila, que no usa demasiado de prima. Nada de héroes legendarios.

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fue Ricetti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus plañideros acomodados fríos y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Se uno de los más arrojados—decía de Anunzio al generalismo.

a la señora que tiene al lado, y me enteré.

—Bajo las balas, canta y re, «Mía, mío».

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

de paciencia y de constancia, hacer adoptar sus ideas.

—No hay modo de decir con este diablo de hombre—decía el coronel del regimiento número 65— Y a veces agregaba: —Con estos nuevos oficiales que han como sabios, es inútil hablar. Más que militares, parecen matemáticos. Aquel buen saboyano a quien el actual generalismo recuerda siempre con cariño, era el representante de la antigua escuela de guerreros ignorantes, heroicos, parleros y capaces de todos los bellos sacrificios. Cuando hablaba decía:

—El arte de la guerra. Entonces el joven comandante contestaba:

—Lo que usted llama arte, es, en realidad, una ciencia. Como estas ciencias tenían lugar durante las comidas, los demás oficiales intervenían, dando la razón a Cadorna. Una noche, irritado, el coronel exclamó:

—Si verdaderamente la guerra ha cambiado de tal modo, lo primero que habría que hacer es mandarnos a pasear a todos los que tenemos canas. Como Joffre, en efecto, Cadorna ha sido el desplazado para con los jefes de masado viejo. En las nuevas maneras que ha dispuesto para crear un ejército de lucha contra los ejércitos germánicos, uno de sus mayores preocupaciones ha sido el rejuvenecimiento del alto mando. Sin violencia, sin escándalo, con una habilidad digna de un diplomático, ha sido dando a los grandes «factores» que en cada intervención a la defensa nacional, y los ha reemplazando con jóvenes de verdadero mérito.

—Usted escoge a los más brillantes militares, creando baldón, un embañador.

A lo cual Cadorna le contestaba: —No, no. No son oficiales brillantes lo que necesitamos. En nuestros países de sol y de viñas, lo brillante es demasiado común. Todos somos brillantes, aunque a veces resultemos brillantes salones. Lo que se necesita es gente seria, estudiosos, tranquila, que no usa demasiado de prima. Nada de héroes legendarios.

Uno de los primeros que hicieron personalmente la experiencia de este modo de ver, fue Ricetti Garibaldi, que llegó de París hace cerca de un año con sus plañideros acomodados fríos y que tuvo dificultades para conseguir ser nombrado capitán italiano.

—Se uno de los más arrojados—decía de Anunzio al generalismo.

a la señora que tiene al lado, y me enteré.

—Bajo las balas, canta y re, «Mía, mío».

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

Caminos obligatorios, para el tránsito, abierto al lado de una carretera francesa. — El ejército francés ha establecido en algunos lugares próximos al frente de batalla, caminos obligatorios, a fin de dejar libre para el ejército el tránsito por las carreteras, y para preservar a los civiles de las balas enemigas.

te de buen grado las ideas del gran jefe, porque no hay nadie que pueda dudar, de la sinceridad absoluta de su fe en la buena fe, de su nobleza de espíritu. Cuando, hace muchos años, el general Piell, sus amigos le tuvieron la honra de verlo, él les dijo: «Yo he sido un hombre de muy mal carácter, en efecto, que el general Piell, pero toda su dureza en el fondo de su alma no me ha permitido ser demasiado estricto, estrecho de corazón, la calma, clara, de su nuevo colaborador.

—No hay medio de enlazar con Cadorna—exclamó un día—

—¡Maldita la gente! Los soldados se dejan matar con entusiasmo sagrado.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

popular que sus más gloriosos colegas de Europa, y aparecer, en el plebiscito suizo, como el rival en gloria del mariscal French y del legendario von Kluck.

—Nosotros— dicen los italianos, con razón— tenemos un motivo capital para admirarlo— es que desde el primer día ha sabido inspirarnos una confianza absoluta en la victoria.

—Cuando el armisticio le obligó a detenerse en su marcha, sus oficiales le oyeron murmurar: «Si no es hoy, será mañana; pero Cadorna entrará en Trieste».

—No hay medio de enlazar con Cadorna—exclamó un día—

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

—Entonces, que se enseñore a no darme matar y a no dejar matar a sus hombres. La guerra no está hecha para morir, sino para vencer. El heroísmo novelesco es un defecto y no una virtud. Un jefe digno del tal nombre no tiene la muerte, pero tampoco desprecia la vida. Un comandante debe ser un hombre muy frío, muy sereno, muy metódico. Nuestro Ricetti me parece demasiado ardiente para mandar un batallón. Que comience por obedecer los nombramientos temerosos.

Y le carpió es que cuando D'Annunzio después de repetir estas palabras al joven Garibaldi, preparaba a ir al campo de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt. Nuestras corrientes de fuego y la energía acción de nuestras ametralladoras y fusiles contra enemigos bajos al enemigo y quebrando la cabeza de un punto lejano de las líneas, encendía un violento anteojo, el cual fue acompañado de chorros de un líquido inflamado, entre Avocat y Malancourt.

consistió en que los británicos extendieron su frente para hacer posible al ejército republicano efectuar una gran concentración en el frente de Verdún.

SEPARACION DEL KRONPRINZ DEL COMANDO

LONDRES 21. — Los diarios publican despachos de Berlín anunciando en forma muy afirmativa que el kronprinz va a abandonar el comando del quinto ejército alemán, como consecuencia del fracaso sufrido en Verdún.

Los mismos despachos aseguran que se trata de una resolución del kaiser, a instancia de sus generales, que lo han convencido de la ineptitud del heredero del trono.

COMUNES EN EL FRENTE

LONDRES 21. — Se dió a la publicidad el siguiente comunicado: «En los alrededores de Loos hubo diéctos recíprocos de artillería, reduciendo lo propio en el reducido Hohenloza y al Norte de Iprea.

En las cercanías de Loos, después de un bombardeo, el enemigo atacó y ocupó una de nuestras posiciones. Inmediatamente lo desalojamos con un contrataque».

EXITO DE LOS 75

PARIS 21. — El comunicado oficial dice así: «El Aragon nuestra artillería dio a los alemanes las trincheras enemigas al Noroeste de Four-de-Paris. En Haute Chavueche bombardeamos y destruimos las obras de defensa enemigas y causamos a nuestros aliados un gran daño que alemanes, de donde salieron enormes nubes de vapor sulfuroso.

Cañoneros con gran energía el sector de Avocat a Malancourt y sin, persamos un grupo de enemigos que destruimos al Norte del bosque de Montfaucon.

RAID DE LOS AEROPLANOS ALIADOS

LONDRES 21. — Anunciase que aeroplanos de los aliados bombardearon energicamente la costa belga, en Zebrugge, y regresaron ileso.

Un oficial piloto belga resultó gravemente herido. Los aeroplanos fueron formados por 50 máquinas de varios modelos, entre los cuales había también destructores. Concluyen: «Concluyen: 3 belgas».

El ataque se llevó con éxito contra Zebrugge, por donde los alemanes se abastecían de alimentos.

Un oficial piloto belga resultó gravemente herido. Los aeroplanos fueron formados por 50 máquinas de varios modelos, entre los cuales había también destructores. Concluyen: «Concluyen: 3 belgas».

Los perjuicios causados al depósito alemán de hidroaeroplanos de Zebrugge, fueron muy importantes.

EXITO DE LOS AVIADORES FRANCESES

PARIS 21.—Se dió a la publicidad el siguiente comunicado: «A las 4 de la madrugada una escuadrilla de aeroplanos franceses, italianos, belgas, franceses y belgas, bombardeó el campo de aviación de Montfaucon, situado al Este de Orléans.

Los 70 aviones franceses que tomaron parte en este raid, regresaron todos ileso.

Los aeroplanos bombardearon energicamente la costa belga, en Zebrugge, y regresaron ileso.

Un oficial piloto belga resultó gravemente herido. Los aeroplanos fueron formados por 50 máquinas de varios modelos, entre los cuales había también destructores. Concluyen: «Concluyen: 3 belgas».

Los perjuicios causados al depósito alemán de hidroaeroplanos de

















